

CONFERENCIA DE THOMAS KLUBOCK
7 de noviembre de 2011

Presentación¹

Alberto Harambour

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Con Marx y con Braudel, y contra Marx y contra Braudel, Thomas Klubock analiza en la conferencia que a continuación se presenta las dinámicas de acumulación de capital y de transformación social y ecológica articuladas en torno a las plantaciones forestales del sur de Chile. La correspondencia entre historia social e historia medioambiental que Klubock propone representa una segunda fase de su trabajo, el que ha estado centrado en dos procesos socioeconómicos clave de la historia de Chile: la gran minería del cobre y la industria forestal.

El trabajo historiográfico de Klubock se inició con su tesis doctoral (Yale, 1993), publicada como libro bajo el título de *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951* (Duke University Press, 1998). Lo que Klubock proponía entonces era comprender la formación de la clase trabajadora del enclave minero estadounidense a partir de la noción de “costumbres en común”, acuñada por el historiador inglés E. P. Thompson. La experiencia de la comunidad de trabajadores y trabajadoras de las montañas de Rancagua no se explicaba ni como categoría ni *solo* como estructura sociológica, sino que se definía como la *estructuración* dinámica de una cultura específica de relaciones laborales, generacionales y sexuales –políticas en definitiva– en un pueblo de compañía o *company town*.

La primera etapa de la investigación de Klubock se inscribió de esa forma en el campo de la Nueva Historia Social, emergente y dominante en la academia chilena desde fines de la década de 1980, y se retroalimentó con el trabajo de algunos de sus exponentes más destacados, como Julio Pinto, por entonces el más thompsoniano de los historiadores chilenos. Asimismo, formó parte de un prolífico grupo pionero en los estudios de género, lo que se expresó en su

¹ El video de la conferencia de Thomas Klubock y una entrevista sobre su obra pueden verse completo en el canal Youtube de ICSO-UDP.

participación en influentes volúmenes colectivos: la revista *Proposiciones* y el libro *Disciplina y desacato* (editado por Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt y Soledad Zárate). Los únicos dos artículos resultantes de aquella investigación inicial que fueron publicados en castellano produjeron un impacto historiográfico fundamentalmente en el estudio de las relaciones de género.² La emergencia de esta aproximación a comienzos de los noventa, en el magíster en historia de la Universidad de Santiago (al que estuvo ligado Klubock), y luego en la Pontificia Universidad Católica de Chile, visibilizaron su contribución desde una perspectiva tributaria del feminismo marxista. Sin embargo, en un período signado por la depreciación académica de Marx, y en particular por el cuestionamiento e incluso la negación del peso específico de las clases sociales, la contribución de Klubock a la complejización del marxismo historiográfico en Chile no ha recibido hasta fecha reciente la misma atención académica que sus artículos referidos a relaciones de género. Al haberse publicado solo en inglés, sus textos sobre vida cotidiana y formación de clase, alcoholismo, sindicalismo y masculinidad han tenido menos impacto, a pesar del intento significativo por historizar tanto la experiencia como la determinación, combinando aportes de David Montgomery y Michel Foucault, Raymond Williams y Antonio Gramsci.

La conferencia *El trabajo de la naturaleza y la naturaleza del trabajo* se inscribe precisamente en la profundización de la faceta menos conocida de Klubock en Chile, y corresponde al marco interpretativo de su nuevo libro: *La Frontera: Land, Labor, and Ecological Change on Chile's Southern Frontier*. A publicarse prontamente por Duke, y es de esperarse que también pronto en castellano, el libro recoge una investigación de más de diez años sobre la colonización chilena del *Wallmapu*, el territorio mapuche, en la rica zona que se extiende entre Concepción y Valdivia. Para Klubock, la expansión de la industria forestal, como una forma especialmente devastadora de colonización, ha determinado una formación social y ecológica particular. Conceptual y metodológicamente hablando, Klubock vincula dialécticamente la historia social y medioambiental con la geografía histórica, para lo cual se basa en, y discute con, Fernand Braudel y Karl Marx, dialogando con los aportes más recientes de David Harvey y Henri Lefèvre. A partir de ello, propone que la disociación entre las disciplinas nombradas debe considerarse históricamente inexistente y teóricamente limitada.

2 Ver Klubock, T. (1995), "Hombres y mujeres en El Teniente: La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951", en Godoy, L., Hutchinson, E., Roseblatt, K. y Zárate, S. (eds.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago: SUR; y Klubock, T. (1992), "Sexualidad y proletarización en la mina El Teniente", *Proposiciones*, 21, 64-77.

Todo proceso colonial supone el desarrollo de un espacio intermedio de posibilidades y experiencias, de agencias y representaciones de ida y vuelta entre colonizadores y colonizados. Más importante para Klubock, sin embargo, es que la colonización implica la (re)definición de *naturalezas*, o categorías, específicas para *las personas* y para *las naturalezas* colonizadas. Y ello tiene impacto decisivo sobre la experiencia vívida de los sujetos. El divorcio entre las tierras y sus gentes, que caracteriza a los procesos expansivos estatales, supone una asignación de valor a unas y otros en tanto objetos del poder colonial. Fetichizados o *comodificados*, cada uno de ellos se transforma en mercancía con valor diferente. Esta transformación, examinada brevemente por Marx al final del volumen 1 de *El Capital* como *proceso de acumulación primitiva u originaria*, es definida como la acción de despojo de los campesinos de sus medios de producción para transformarlos en asalariados y capital, respectivamente. La introducción del monocultivo mediante una especie exótica y depredadora, como el pino, para la explotación industrial mediante un régimen de plantación, juega un papel clave en esta forma de colonización.

Klubock trabaja sobre las definiciones de Marx, pero cuestiona que la creación de valor surja solo del trabajo adicionado a los productos de la naturaleza. En otras palabras, de la acumulación primitiva no solo emergería el valor producido por el trabajo de los campesinos/indígenas al ser obligados a convertirse en asalariados por la expropiación de sus tierras. Para Klubock, la naturaleza es un circuito de relaciones sociales no capitalistas, que suponía valor de uso, que es transformada por la colonización en valor de cambio (mercancía), y por lo mismo el estudio de ese proceso obliga a plantearse una historia medioambiental que es al mismo tiempo historia social y geografía histórica. Una historia de La Frontera que reconozca la articulación entre *la cuestión* de la tierra, el cambio ecológico, las relaciones interétnicas y el trabajo, demanda así una transdisciplinariedad que apunte a desentrañar la relación entre formas de pensar el espacio y el rol del Estado, las prácticas de explotación surgidas de la experiencia indígena y del diseño técnico modernizante.

Klubock nos invita a una forma de hacer historia que plantea varias posibilidades y desafíos. Hay al menos tres que podemos nombrar aquí. Primero, la necesidad de repensar ciertos postulados basales de la obra de Marx, explorando la posibilidad de expandir sus limitaciones a partir del reconocimiento de la compleja historicidad de los procesos coloniales. Segundo, reconocer la limitación historiográfica que las ideologías del progreso y la división disciplinar han producido al separar metodológicamente la historia del trabajo de la historia del medioambiente. Tercero, aproximarse a la historia del territorio

mapuche reconociéndolo como espacio de interacciones múltiples, donde las lógicas representacionales, de explotación, sociabilidad, e intercambio comercial han producido saberes y tejidos sociales densos. En consecuencia, el trabajo de Klubock combina la historia oral y la historia de la memoria, el trabajo en pequeños archivos locales con la arqueología del diseño de las políticas de tierras y los procesos judiciales, la importación desarrollista y neoliberal de racionalidades técnicas y la reciente emergencia de políticas de resistencia laboral y medioambiental a la depredación de comunidades y naturaleza.

Thomas Klubock, que al concluir esta investigación ha pasado de la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook a la de Virginia, realizó también tránsitos significativos entre su primer y su segundo libro. Habiendo señalado las transformaciones metodológicas y temáticas, cabría destacar tres continuidades mencionadas al comienzo. Primero, el interés por la historicidad de comunidades particulares, desarrolladas en torno a las dos industrias más importantes para la economía chilena desde el colapso del salitre en torno a 1930. Segundo, la capacidad de ubicar en esas historias puntos de encuentro entre la abstracta discursividad oligárquico-liberal y la experiencia de la mayoría de la población. Por último, cabe destacar que desde la gran minería del cobre de propiedad estadounidense hasta las gigantescas plantaciones de pino de grupos como el Matte-Alessandri (cambios tecnológicos y diferencias espaciales mediante), emerge una línea de continuidad solo recientemente desnudada. Ella la dibuja un Estado nacional generoso a la hora de entregar subvenciones a los grupos económicos, a la vez que violentamente mezquino con los productores de esa riqueza. Para la discusión historiográfica, así como también para los debates políticos que se abren en el Chile de hoy, esta conferencia de Klubock es una importante contribución que invita a leer el libro.

El trabajo de la naturaleza y la naturaleza del trabajo: historia medioambiental como historia social

Thomas Klubock

UNIVERSITY OF VIRGINIA

I

Antes de comenzar, me gustaría agradecer a la Facultad de Ciencias Sociales e Historia de la Universidad Diego Portales por la invitación a dar esta conferencia. Es un gran honor haber sido incluido como parte de la Cátedra Norbert Lechner junto a tantos académicos distinguidos, y estar con ustedes aquí hoy.

Mi conferencia explora el creciente campo de la historia medioambiental, y una problemática central que la ha mantenido aislada de la mayoría de los otros campos de la investigación histórica. La pregunta es: ¿cómo acercarnos a la historia de la naturaleza como parte de la historia humana, y a la historia humana como parte de la historia de la naturaleza o del medioambiente? O mejor dicho: ¿cómo escribir la historia del cambio ecológico como historia humana y cómo escribir historia humana como historia ecológica?

Quisiera usar mi propia investigación sobre la industria forestal en el sur de Chile para explorar las maneras en que un enfoque de historia ambiental ayuda a reorganizar las narrativas de colonización y asentamiento, la formación de las clases y el Estado, es decir, las narrativas históricas básicas de la nación-estado moderna, su expansión y el curso del desarrollo capitalista.

Durante la década de 1940, los propietarios de fundos de las afueras de Concepción comenzaron a desalojar un gran número de inquilinos y a plantar pino Monterrey (*pino insignis* o *pino radiata*). En 1947, la Confederación Obrera de Chile (CTCH), denunció que los terratenientes estaban reemplazando a inquilinos y medieros por pinos, y se negaban “a darles tierras para el pastoreo de sus animales, un derecho que había existido por muchos años” (*El Siglo*, 24 de julio de 1947). En 1946, por ejemplo, la Compañía Hernández

expulsó a setenta trabajadores en Cañete, y cubrió sus pequeños terrenos con pinos. En este caso, como en muchos otros, Hernández estaba motivado por una serie de subsidios y beneficios ofrecidos por el Estado a través de la Ley Forestal de 1931, que reducía el grado de riesgo del pino como inversión y aseguraba su rentabilidad (*El Siglo*, 25 de noviembre de 1946 y 1 de diciembre de 1947). Al año siguiente, trabajadores del fundo El Retamo protestaron por los despidos y por su reemplazo por plantaciones de pino. En este caso, el propietario del fundo estaba motivado por los incentivos estatales y por un enconado conflicto laboral. Pocos años antes, los trabajadores habían organizado un sindicato pidiendo salarios más altos y un incremento de sus beneficios. Al reemplazar a los trabajadores por pino, el terrateniente solucionó un problema laboral que había interrumpido la producción en su fundo, invirtiendo a la vez en una cosecha favorecida por la regulación del Estado y con una futura garantía de mercado en las industrias de celulosa planificadas y promovidas por CORFO (*El Siglo*, 15 de abril de 1947). El pino también fue favorecido por su rapidísimo crecimiento en el suelo sureño de Chile, tres veces más veloz que en sus tierras natales californianas, un hecho ecológico que ha impulsado su voraz expansión a costa del campesinado.

Menciono esta breve historia porque creo que aclara con nitidez la relación dialéctica entre procesos sociales —como la acumulación de capital y la formación de clases— y procesos ecológicos —como la sustitución de los bosques nativos y la tierra agrícola y de pastoreo por plantaciones de especies exóticas en monocultivo. Además, aquellos casos ayudan a indicar direcciones que podríamos tomar al tratar de resolver el abismo, a menudo insalvable, que separa la historia medioambiental de la historia humana. En esta conferencia quisiera considerar las maneras en que el trabajo constituye el lugar donde lo humano y lo natural, lo ecológico y lo social, se encuentran. Como argumenta el historiador norteamericano Richard White, los humanos conocen la naturaleza (o el medioambiente, de manera más general) a través de su trabajo. Y yo agregaría como algo más importante que ellos construyen el medio ambiente en el cual trabajan, aun cuando, como señala Marx, lo hagan en circunstancias que no son completamente de su elección. Mi punto básico es que a través del trabajo los humanos se forman a sí mismos y al medioambiente donde habitan, y construyen el conocimiento ambiental que da forma a la organización de la producción (White 1996, Peck 2006).

Por supuesto, este no es un proceso sin contradicciones. Los conflictos entre trabajo y capital ocurren espacialmente y tienen significaciones ecológicas. Una dinámica central de los conflictos en torno a la producción y al trabajo

está enraizada, a menudo, en diferentes conocimientos y prácticas ambientales. Asimismo, mientras el capital construye ambientes que *producen* las condiciones de su *reproducción*, esos mismos ambientes imponen, en algún momento, límites sobre la acumulación de capital, y deben ser destruidos para resolver crisis crónicas y periódicas. Los cambios y condiciones ecológicas, igualmente, moldean la formación de clases. La “aniquilación del espacio por el tiempo,” o de la geografía por la historia –en las famosas palabras de Marx–, no es un asunto simple; en realidad, esta frase expresa los límites del análisis de Marx sobre el rol que ha jugado el medioambiente en la formación de las clases y del capital (Marx 1973: 538-539).

Finalmente, el papel que ha jugado el estado moderno en garantizar las condiciones para la reproducción del capital y para establecer su propia hegemonía autónoma, usando el término de Antonio Gramsci, también está definido por procesos medioambientales. Mucho se ha escrito acerca del nacionalismo y la formación del Estado, pero la manera en que este establece su dominio sobre territorio y población muy rara vez es visto como un proceso ecológico. Quisiera establecer que, al construir una hegemonía vinculada a la invención de imaginarios nacionales, los estados manipulan la naturaleza y construyen su propia territorialidad y su propia organización del espacio, de manera tal que impulsan y limitan las actividades del capital y el trabajo.

II

La relación a menudo conflictiva entre los movimientos laborales y medioambientales, persistente hasta hoy en debates sobre estrategias comerciales y de desarrollo, se refleja en la historiografía en la división entre historia del medio ambiente e historia social. Los historiadores ambientalistas se han enfocado en general en el impacto de la sociedad sobre la naturaleza, construyendo narrativas con un sentido pesimista y uniforme de la inexorable degradación de la naturaleza a manos del hombre, pero muy pocas veces han ofrecido análisis de la historia social del cambio ecológico. El trabajo, en este sentido, es visto como más destructivo que productivo, y como perteneciente a un sistema social o económico ilimitado e indiferenciado, un capitalismo en el sentido más amplio, que se impone sobre la naturaleza causando estragos.

La interpretación clásica de esta narrativa se encuentra en el famoso trabajo del historiador Donald Wooster sobre la formación del *dust bowl* en el Medio Oeste norteamericano durante los años treinta (Wooster 2004). Wooster atribuyó este momento de masiva crisis ecológica a una “cultura del capitalismo”

compartida por todas las clases sociales. Muchas otras historias ambientalistas comparten este enfoque, trazando el devastador impacto del desarrollo capitalista sobre la naturaleza, como si la historia humana del capitalismo no fuera parte de la naturaleza misma y se levantara fuera y en contra de esta, sin analizar la contradictoria historia social de este proceso. Análogamente, la mayoría de los historiadores sociales o de historiadores preocupados por el trabajo y la formación de clases, por una parte, y en la formación de las naciones-estado modernas, por otra, escriben como si la “aniquilación del espacio por el tiempo” de Marx hubiese sido llevada a cabo; para ellos, el espacio, la naturaleza y el medioambiente son irrelevantes, como si los procesos sociales tuvieran lugar sobre una “tabula rasa”. A menudo se escribe la historia como si la naturaleza estuviera pasivamente esperando la mano del hombre para transformarla en materia prima, recibiendo simplemente el destructivo impacto del trabajo humano.

Un lugar que puede ser útil para comenzar es con el pionero trabajo en “geohistoria” de Fernand Braudel, y la obra de William Cronon, quien junto a Donald Wooster y Richard White fundó el campo de historia ambiental en Estados Unidos. El gran libro *Nature's Metropolis* de Cronon (1992) se compara a veces con *El Mediterráneo* de Braudel (1996), y generalmente se citan ambos como obras fundacionales de la historia ambiental contemporánea, ligando historia social y ambiental. Ambas obras señalan direcciones que podríamos tomar al trazar una ruta que reúna las historias humanas y medioambientales, y ambas, sostengo, son sugerentes tanto en sus limitaciones como en sus contribuciones.

Cronon y Braudel realizan un excelente trabajo reorientando el enfoque tradicional de la investigación histórica de narrativas confinadas dentro de los límites de la nación, considerando regiones definidas ecológicamente: el Mediterráneo y la frontera de Estados Unidos. En primer lugar, el enfoque en la región, más que en la nación, es una importante contribución hecha por la historia ambientalista, especialmente en este momento historiográfico contemporáneo de historia “global” y “transnacional”. Décadas antes de que esta tendencia emergiera como una reflexión de nuestro propio momento de globalización dirigido por las políticas económicas neoliberales, historiadores como Braudel iniciaron sus propios análisis sobre la formación de las economías globales. *El Mediterráneo*, por ejemplo, traza los orígenes de lo que los historiadores norteamericanos llaman hoy “historia atlántica” o “historia mundial”. Por su parte, el análisis de Cronon sobre la frontera oeste de Estados Unidos ayuda a reorientar las narrativas del excepcionalismo nacional

norteamericano, enraizado en varios mitos sobre la frontera heredados de Frederick Jackson Turner y reiterados casi al infinito hasta hoy. Su trabajo se enfoca en el devastador impacto del desarrollo capitalista en esta región y en el rol central jugado por el oeste en el capitalismo industrial del siglo diecinueve, desviando así nuestro enfoque del noreste industrializado de los Estados Unidos. En segundo lugar, tanto Braudel como Cronon sitúan la expansión de los mercados capitalistas –y subrayo “mercados” ya que ninguno de los dos está particularmente interesado en la producción– en un contexto medioambiental, trazando una geografía del comercio y el capital a través de mapas ambientales topográficos que configuran (más por implicancia que por argumentos categóricos) la marcha del capitalismo.

Braudel presenta un relato antimarxista, aunque estructuralista, de los vínculos entre historia humana y medioambiental, describiendo ambiciosamente los niveles en que la historia global tiene lugar: (i) *evento*: el marco de tiempo del individuo y de la vida individual; (ii) *coyuntura*: el marco de tiempo de los grupos sociales, instituciones políticas, ciclos demográficos, agrarios, económicos, y mentalidades; y (iii) *estructura*: la geohistoria por la que Braudel es famoso y que Lucien Febvre interpreta como “una historia prácticamente inmóvil, aquella de la relación del hombre con el ambiente que lo rodea... tiempo geográfico”. Braudel, como otros historiadores de los *Annales*, comienza a escribir una historia de regiones geográficas o ecológicas y a reconstruir la sociedad total, la economía y la cultura situadas en un contexto medioambiental. A su juicio, el medioambiente impone su huella en los otros niveles de la historia, estableciendo tanto obstáculos como posibilidades sobre los acontecimientos y coyunturas humanas. Como señala Febvre sobre *El Mediterráneo* de Braudel, el medioambiente, que cambia glacialmente durante la *longue durée*, está compuesto de “fuerzas permanentes que operan sobre la voluntad humana... guiando, canalizando, obstruyendo, frenando y revisando o, por otra parte, destacando y acelerando la interacción de las fuerzas humanas” (Febvre citado en Bintliff 1999: 139). De hecho, la contribución quizás más importante en términos de historia ambiental es el análisis de Braudel sobre cambios ecológicos globales que se definen a través de siglos. Para él, la emergencia del capitalismo moderno y del mundo atlántico comienza en el Mediterráneo a través de la expansión de las redes del comercio y las finanzas. En *El Mediterráneo*, y más tarde en su trilogía sobre *Civilización y capitalismo*, Braudel establece la fundación para el análisis del Sistema Mundo de Immanuel Wallerstein, situando este sistema en un contexto histórico ambiental global. Sin embargo, como han señalado varios críticos, nunca resuelve algunos de

los problemas de la historia ambiental contemporánea, sobre todo el impacto de la expansión capitalista sobre el medioambiente, y el impacto de cambios ecológicos sobre los otros niveles históricos. Para muchos historiadores del medioambiente, a pesar de los argumentos de Braudel acerca de la importancia de situar las historias económicas y sociales (lo coyuntural) en relación a lo estructural (lo ambiental), el medioambiente permanece como un telón de fondo, un escenario donde el teatro de la historia tiene lugar y no un actor en su propio derecho (Moore 2003).

Este es precisamente el proyecto que Cronon tomó en su libro *Nature's Metropolis* al trazar la reformulación del Medio Oeste americano a través del desarrollo histórico de la ciudad de Chicago. Cronon establece que Chicago se desarrolló como una metrópolis por la acción de comerciantes en la extracción de valor radicado en lo que él llama “la primera naturaleza o la naturaleza prima”. El masivo y acelerado crecimiento de Chicago en el siglo XIX se derivó de la transformación de la “naturaleza prima” y “riqueza natural” en la producción de bienes (madera, carne y trigo), y condujo a una imposición de una “geografía del capital” sobre la abundancia de la primera naturaleza. El énfasis de Cronon está en vincular la extracción de valor en regiones de frontera (en este caso, las llanuras del Medio Oeste norteamericano) al desarrollo de zonas industriales, centrales y urbanas como Chicago, para subrayar cómo la apropiación de la riqueza de la naturaleza es una precondition para la expansión de los dinámicos mercados capitalistas. *Nature's Metropolis* describe la devastación de los ecosistemas del Medio Oeste, de las tierras de pastoreo, bosques etc., trazando los nuevos vínculos geográficos de la frontera a la metrópolis, mediante ferrocarriles, telégrafos, información, crédito y capital. El efecto general de *Nature's Metropolis* es similar a *El Mediterráneo* de Braudel: un mapa extraordinario de los lazos comerciales que unen a una región y que proveen el dinamismo para el desarrollo capitalista. En ambos casos, el enfoque central es sobre la tecnología y el capital; la naturaleza en realidad es importante, pero como un “efecto” de la tecnología (la agrícola, por ejemplo), y del capital (para trazar los flujos comerciales y de inversión).

De manera sorprendente, ni Braudel ni Cronon parecen estar interesados en el trabajo que significó construir aquellas economías regionales. Para Braudel, la historia social tomó la forma de un rastreo de patrones demográficos, pero por sobre todo, el ordenamiento de tendencias económicas que reflejan los principales patrones en la vida social. Por su parte, para Cronon los cambios sociales que acompañan la transformación ecológica del Gran Oeste norteamericano son, en gran medida, invisibles. En ningún caso tenemos un

sentido de tensión y contradicción en el desarrollo capitalista. En Braudel, lo geográfico y lo social (o lo humano), son en gran medida ámbitos paralelos, con muy poco conflicto y contradicción; a pesar del logro extraordinario de escribir una geohistoria, Braudel no puso a la geografía y a la historia en relación. No proveyó un análisis de la interacción dialéctica, mutua, entre estructura, coyuntura y evento (acontecimiento); en cambio, ofrece descripciones enciclopédicas brillantes de mundos y procesos históricos paralelos, de estructuras económicas mundiales, como Wallerstein, desconectado de las “ecologías mundiales”. Como sugiere el geógrafo Jason Moore (2003), el lugar donde se encuentran la economía mundial y la ecología, el proceso laboral y de producción (con sus esperadas contradicciones), están en gran medida ausentes en Braudel (y de igual manera eludidos en Wallerstein). Braudel pone en primer plano la geografía del intercambio y del comercio, el mundo donde circulan los bienes.

Para Cronon, en tanto, el impacto de la historia sobre la naturaleza iba decididamente en una sola dirección: su foco está en establecer cómo la emergencia de las relaciones de mercado capitalistas degradaron la “abundancia de la naturaleza” en la gran frontera oeste, aunque el medio ambiente tiene un papel activo en la historia como creador de valor económico. Al igual que Braudel, el análisis de Cronon sobre el capital mercantil, el comercio, el trabajo y la producción no puede apreciarse salvo mediante un análisis agudo de la transformación de la naturaleza a través de la comodificación. En efecto, Cronon no analiza el rol del medio ambiente en la conformación de la organización social de la producción (ver Walker 1994). Como ha señalado el historiador Gunther Peck, lo que está ausente en el relato de Cronon sobre la frontera, y en muchas otras descripciones historiográficas sobre la frontera en la historia de Estados Unidos desde Turner hasta ahora, es la geografía del trabajo que debiera acompañar sus geografías de capital y bienes: la historia de la producción que acompañe sus historias de la comodificación (Peck 2006).

Estas omisiones en los magistrales trabajos de Braudel y Cronon revelan varios lugares donde podríamos situar la intersección de naturaleza e historia humana, de historia medioambiental e historia social. Primero, está la cuestión del valor. Cronon rechaza enérgicamente la teoría del valor del trabajo de Marx y argumenta que el valor de la naturaleza transformado en producto es una precondition para el desarrollo capitalista, es decir, que la riqueza de la naturaleza precede la producción de valor (de uso o de cambio) por el trabajo. Cronon, como muchos otros historiadores del medioambiente, quiere corregir las historias que analizan el desarrollo capitalista ignorando el lugar

fundamental de la naturaleza en producir capital, y a las que ignoran el impacto del desarrollo capitalista sobre la naturaleza. En una aguda crítica de los enfoques marxistas sobre la naturaleza, Cronon subraya el rol jugado por la naturaleza en producir lo que Marx refería como las “rentas” del suelo o de la tierra, basadas en la propiedad o la naturaleza. En cierta medida sigue a David Ricardo, quien parte de una teoría de valor laboral para señalar que las rentas se derivan de un valor inherente de la naturaleza. Marx, por supuesto, argumenta que las rentas, más que un atributo de la naturaleza, son atributo de las relaciones sociales organizadas en torno a la propiedad de la tierra, de la propiedad privada; es así como en la mayoría de sus escritos *el valor es producto de las relaciones sociales*, no algo inherente en los bienes o en la naturaleza misma (Coronil 1997: 31-34). En realidad, desde una perspectiva marxista clásica, la mayoría de las historias ambientalistas, siendo Cronon el ejemplo más importante, producen su propia versión fetichista de las mercancías, en las que estas adquieren un estatus mágico o místico que enmascara el trabajo que las produce, así como la totalidad del arreglo social por el cual el valor del excedente (plusvalía) es producido y apropiado. Para Marx, la renta es algo que los terratenientes, que ejercen un monopolio sobre la tierra, extraen del total del excedente producido por los capitalistas, a menudo en competencia con los capitalistas, aunque variando en formas y condiciones debido a sus relaciones diferenciales con las condiciones naturales y naturaleza: el tipo y calidad de la tierra, la propiedad que ellos poseen (fertilidad del suelo, topografía, clima, recursos minerales, bosques etc.). Marx sostiene que el control de la naturaleza por los latifundistas opera como un efectivo freno sobre la acumulación de capital, dado que deduce el excedente (*surplus*), y sustrae capital que podría ser invertido productivamente en términos del cargo a las rentas de los terratenientes (Coronil 1997: 47).

La historia medioambiental ofrece un interesante enfoque alternativo al análisis de Marx sobre valor, naturaleza y renta. Para Cronon, y muchos otros historiadores del medioambiente, la renta es producida no solamente como una relación social enraizada en la posesión de la propiedad, sino en la “riqueza de la naturaleza”.

III

Volviendo a los bosques australes de Chile, donde comencé, la “renta de la tierra” como se la menciona a menudo en los enfoques marxistas, puede ser concebida como la “renta forestal” de los historiadores ambientalistas.

Como es bastante conocido, durante los primeros años de la colonización de la frontera del sur, los terratenientes que acumularon extensas tierras –ya sea por dudosas compras de tierras, remates de predios plagados de fraude, o por concesiones igualmente ilegítimas y corruptas– se hicieron ricos adquiriendo tierra muy barata, construyendo enormes fundos y monopolizando la tierra para venderla a precios mucho más altos, produciendo ganancias a través de la simple especulación. Los valores de la tierra se dispararon en la medida en que se extendía la línea ferroviaria hacia el sur y la mayoría de los fundos se hacían de dinero fácil. Los latifundistas también acumularon dinero a través de la extracción de renta forestal por medio de la quema activa de los bosques. Fueron alentados al menos por tres motivos. Primero, estaban guiados por la ciencia moderna de la botánica, que enseñaba que la reducción de la cobertura forestal mejoraría el clima haciéndolo más propicio para la agricultura, especialmente para los cultivos de cereales. Segundo, buscaban despejar la tierra para cosechas. Tercero, querían proveer a la tierra de un excelente fertilizante que permitiera a los terratenientes/especuladores producir cosechas abundantes. Esto constituyó una fuente esencial de valor, extraído del suelo, además del trabajo barato del que los terratenientes pudieron aprovecharse. Vale decir, la realidad ecológica de un bosque templado que se podría quemar para crear un abono barato jugó un papel fundamental en la formación de las grandes haciendas en el territorio de la frontera (Klubock 2012).

Muchas historias del medio ambiente, como la de Cronon en su *Nature's Metropolis*, se detendrían aquí, en la extracción de valor, la renta forestal del suelo en la expansión de los mercados capitalistas en el territorio de la frontera, y en las redes de ferrocarriles que unían los centros metropolitanos con el sector rural. Sin embargo, volviendo al tema laboral, esta historia de la quema de bosques nativos en Chile puede ofrecer alguna percepción sobre la dialéctica histórica del cambio ecológico y la formación de clases. Es bastante conocido que las relaciones laborales en el sur se definieron más por relaciones entre mediero y arrendatario que por las clásicas relaciones de *inquilinaje* que dominaron en Chile central. Además, la fuerza laboral del sur era altamente inestable y móvil. Esto se debió en gran medida a lo que Marx refiere como el proceso de “acumulación primitiva”. En el sur este proceso fue acelerado y brutal; como se sabe, miles de chilenos y campesinos mapuches fueron expulsados de las tierras que habían ocupado por muchos años por los nuevos propietarios de los fundos que se habían formado por los remates de tierras y concesiones de colonización, con una altísima dosis de fraude y de violencia amparada por el Estado chileno. Miles emigraron cruzando la cordillera y se

establecieron al otro lado de la frontera. Muchos otros constituyeron una fuerza laboral barata para los propios fundos. En realidad, como señala Marx, los procesos de cercamiento (*enclosures*), es decir, la privatización y parcelación de tierras comunales (*commons*) que dio forma a la acumulación primitiva en Europa, operaron primariamente para liberar la fuerza laboral para la industria capitalista, para producir un excedente laboral necesario; en otras palabras, el cercamiento condujo el proceso de proletarización. En el caso del sur de Chile, el trabajo barato estaba disponible para los grandes propietarios que gozaban de las “rentas forestales”, así como del valor que extraían de los cuerpos de sus trabajadores (otra forma de naturaleza), en una gama de arreglos laborales explotadores con medieros y arrendatarios (ibíd., por publicar).

Los procesos ecológicos moldearon la acumulación primitiva de tres maneras clave. Primero, al incendiar los bosques, los terratenientes empujaron fuera de sus tierras a los pequeños propietarios campesinos, destruyendo sus chozas, ranchos y cosechas. Segundo, en el lapso de una generación los terratenientes del sur provocaron erosión, sequía y cambio climático, y esto también mermó la capacidad de los campesinos para mantener su subsistencia. Con un suelo cada vez más improductivo y sin acceso a productos forestales para mantener su subsistencia, muchos vendieron sus pequeños predios a los grandes fundos y se volvieron inquilinos o medieros. Relatos de zonas tan diversas como Llanquihue, Lonquimay y Temuco durante el siglo XX describen cómo los grandes fundos, la mayoría dedicados a la industria maderera y ganadería, fueron formados por la compra de terrenos erosionados de campesinos cuyas cosechas no podían mantenerlos. Además, en la medida en que las grandes haciendas agotaban sus bosques, se expandían hacia los pequeños terrenos de mapuches y campesinos (ibíd., por publicar). Así, un enfoque de historia medioambiental nos ayuda a ver cómo el proceso de cercamiento fue conducido por (algunas veces no intencionales) cambios ecológicos.

En tercer lugar, los latifundistas del sur estaban más interesados en extraer rentas a través de la quema o la tala de bosques, y por contratos a medieros y arrendatarios, que en invertir en técnicas modernas de producción para dar forma a una agricultura capitalista. Esto se ejemplifica en la relaciones con sus trabajadores. Medieros y arrendatarios muy rara vez se establecieron por un tiempo largo en las haciendas del sur. Cerca de Temuco, por ejemplo, buscaban fundos que tuvieran todavía bosques nativos, porque al quemar los bosques podían producir cosechas abundantes. Después que se agotaba el suelo que trabajaban, se movían a otros fundos y a otras locaciones forestales. Este proceso de la quema forestal para fertilizar el suelo, y el proceso siguiente de

erosión, llevó a un sistema cada vez más inestable de relaciones laborales, el que dejó su marca indeleble en el proceso de formación de clases. La naturaleza transitoria de la fuerza laboral del sur se debió tanto al proceso ecológico y a las condiciones ecológicas de los bosques sureños como a la acumulación primitiva (ibíd., por publicar). De este modo, aunque la discusión de Marx sobre la renta y la acumulación primitiva es útil, ofrece un relato parcial de un proceso económico y social forjado tanto por la ecología como por las iniciativas del trabajo y del capital. Marx imaginó que el cercamiento y la acumulación primitiva producían un excedente laboral para el capital industrial, las condiciones para la formación de un proletariado establecido. En el caso de La Frontera, los procesos ecológicos condicionaron la acumulación primitiva para producir solamente una fuerza laboral parcialmente proletarizada, sin tierra, pero altamente rural y móvil.

Este relato subraya también algunos límites del enfoque histórico ambientalista de Cronon sobre la frontera oeste norteamericana. Por una parte, la frontera de Cronon, como en otras historias ambientalistas, aparece como inhabitada, y el trabajo de la gente para transformar la riqueza de la naturaleza en bienes, en producir valor, es en gran medida ignorado. En nuestro relato, sin embargo, tenemos un claro sentido de cómo capital y trabajo operan para destruir los bosques. Además, mientras los terratenientes extraían trabajo barato de los sujetos desposeídos, los trabajadores mantenían una gestión dinámica, moviéndose de un fundo a otro, de un bosque al siguiente, llevando a la distracción de latifundistas y funcionarios a causa de su inestabilidad y transitoriedad. La movilidad de los trabajadores era motivada por las condiciones ecológicas y por sus propias acciones en la conformación del sistema laboral de la frontera. Dicho de otra manera, su movilidad reflejaba su propia gestión, pero también las oportunidades y limitaciones impuestas por la ecología, y por las estrategias de los latifundistas, apoyados por el Estado, para maximizar sus rentas.

Por otra parte, la historia de la frontera señala también lo que para mí es una laguna en el estudio de Cronon. Mientras la naturaleza produce valor como productos, los procesos ecológicos retroceden al telón de fondo en el drama de la colonización, asentamiento y expansión del capital mercantil a través de la frontera oeste de Estados Unidos. Es decir, que el relato de Cronon comparte con muchas otras historias de la frontera estadounidense una descripción de la naturaleza como entidad pasiva, aún siendo factor de valor. Esto es similar a lo que ocurre en el Mediterráneo de Braudel, donde la naturaleza permanece curiosamente inmutable; el cambio ecológico no desempeña ningún rol en las es-

estructuras emergentes de la economía global que él rastrea tan bien. Esto es algo que la mayoría de las historias ambientalistas, irónicamente, comparten con Marx, quien de una manera muy al estilo del siglo XIX observaba al mundo dividido entre lo activo y productivo (capital y trabajo) y lo pasivo (naturaleza). Como subraya el antropólogo Fernando Coronil, la discusión de Marx en *El Capital* sobre la “santísima trinidad” que conforma la organización social de la producción, es infundida con una representación del mundo con perspectiva de género, invocada por la feminización de la naturaleza (*Madame terre*), que fue entregada a la antropología del siglo XX: cultura como masculina, naturaleza como femenina, trabajo y capital como varón (hombre), el objeto de su actividad, la naturaleza, como mujer (Coronil 1997: 59).

A pesar de que Marx desarrolla un trabajo brillante descubriendo los modos en que bienes o mercancías, capital, dinero, ganancias y salarios se vuelven fetiches, enmascarando sus orígenes en la explotación social del trabajo, su análisis excluye “la explotación de la naturaleza del análisis de la producción capitalista y borra su rol en la formación de la riqueza” (ibíd. 1997: 59). Marx está tan dedicado a develar los modos en que los productos adquieren valor en las relaciones sociales (trabajo, intercambio, valor de uso, etc.) como opuestos a sus propiedades inherentes (“fetichismo de la mercancía”), que omite la significación de los procesos físicos, ecológicos y medioambientales en la creación del valor de las mercancías. La clave sería, como señala Coronil, analizar las propiedades físicas, o los procesos medioambientales, que constituyen las mercancías, así como las relaciones sociales que hacen que estas adquieran su valor “mágico” y “fetichista”. No se trata de revertir el análisis del fetichismo de la mercancía de Marx para argumentar que tienen un valor intrínseco, sino en explorar cómo los atributos físicos y materiales de estas mercancías, su *naturaleza sensual*, como diría Marx, informa y modela las relaciones sociales que las producen como tales. El aporte clave de algunas historias ambientalistas y geografías históricas recientes es demostrar lo frecuente de las consecuencias ecológicas imprevistas en las intervenciones humanas en la naturaleza y en sus ramificaciones sociales (Soluri 2006).

Para nuestros propósitos, un ejemplo obvio de aquello es la historia del monocultivo de pino en el sur de Chile. Como es bastante conocido, los monocultivos producen nuevas realidades ecológicas: la uniformidad genética hace a las plantaciones muy vulnerables a nuevas especies de insectos y hongos, a nuevas epidemias y enfermedades, y a malezas invasivas que compiten con los árboles jóvenes. Aunque las plantaciones de pino Monterrey en Chile no han producido todavía un equivalente a la peste de Panamá (epidemia que

destruyó las plantaciones bananeras norteamericanas en América Central y requirió una completa reorganización del cultivo, la producción y el mercado), sí requieren de extraordinarios aportes químicos de fungicidas y pesticidas para prevenir las inevitables infecciones que la naturaleza impone en respuesta a las disrupciones causadas por el trabajo humano. Este proceso produce cambios ecológicos con implicaciones significativas para la producción y para las relaciones sociales que rodean la industria forestal (ibíd. 2006; Klubock, por publicar).

Sabemos que la fumigación con sustancias químicas para responder al desafío de las siempre nuevas epidemias (a menudo con defoliantes, pesticidas y fungicidas prohibidos en países avanzados) ha producido importantes disrupciones sociales en el campo: contaminación de las aguas subterráneas, los arroyos y estuarios, envenenamiento del ganado y la gente, destrucción de cosechas, y socavamiento inexorablemente de lo que queda de la economía *campesina*. El resultado fue un nuevo momento de pérdida de tierras y de proletarianización, dejando disponible para las mismas compañías forestales un excedente de fuerza laboral siempre en expansión. Asimismo, la fumigación de sustancias químicas requiere acceso al capital, y muy pocos *campesinos* y *parceleros* del sur tenían el dinero para invertir ya sea en forestación con pinos o en los insumos químicos requeridos para manejar las plantaciones. Los gobiernos de Frei y Allende hicieron un esfuerzo sistemático por incorporar a campesinos mapuches y mestizos a la economía forestal. Para ello subsidiaron la forestación y la administración, ofreciendo asistencia técnica, árboles jóvenes y créditos para permitir a los campesinos sobrevivir mientras cambiaban de la tierra agrícola a plantaciones de pino en los *asentamientos* creados por la reforma agraria.³ Hoy en día, sin embargo, los campesinos carecen de crédito, tienen muy poco capital, y no tienen el conocimiento técnico cuando se trata de plantar especies exóticas, aunque sí poseen, por supuesto, abundante conocimiento técnico sobre explotación y administración de los bosques nativos (Cepal 1986, Gimpel 1994, Grupo de Investigaciones Agrarias 1984, Morales 1989, Otero 1984, Vicaría de la Pastoral Obrera 1983).

Finalmente, la propagación de las plantaciones de pino a través del sur de Chile significó no solamente el reemplazo de la tierra agrícola y los bosques nativos por una única especie exótica de árbol, sino también el reemplazo del conocimiento medioambiental de los trabajadores rurales, su manejo y

3 Una dimensión a menudo ignorada en el así llamado conflicto mapuche es que muchas comunidades reclaman no solo la tierra usurpada sino también los árboles de pino que ellos plantaron durante la Reforma Agraria en el programa campesino de forestación de la Unidad Popular.

el uso de la biodiversidad de los bosques nativos, por el conocimiento sobre administración de plantaciones de pino impuesto por la ciencia forestal. El punto clave aquí es que un aspecto esencial del desarrollo capitalista durante la industrialización, particularmente la etapa definida como *fordista* y *taylorista*, ha sido la extracción, vía mecanización, de las habilidades de los trabajadores, enraizadas en el conocimiento del proceso laboral (y, yo agregaría, conocimiento de los procesos ecológicos), reubicándolas en las manos de técnicos y especialistas, hecho señalado por teóricos marxistas e historiadores del trabajo como Harry Braverman (1998) y David Montgomery (1980). Para nuestros propósitos, la expansión de la ciencia forestal y la forestación con especies exóticas, la piedra angular de la economía industrial forestal en Chile, significa la producción de un conocimiento medioambiental, a través de la especialidad técnica de la ciencia forestal, que ejerce un monopolio sobre la producción y sobre el proceso laboral que eclipsa, destruye y borra el conocimiento de los trabajadores y las prácticas medioambientales (Marquardt 2001). Lo esencial es que los trabajadores forestales y *campesinos* no solo sufren la alienación de la tierra y la naturaleza, sino que, igualmente importante, la alienación del conocimiento medioambiental que había informado su compromiso con los bosques nativos.

La política de forestación con pinos adoptada por los terratenientes desde la década de 1940 hasta la fecha fue modelada por una serie de imperativos. Primero, tanto las crisis ecológicas como la erosión del suelo los llevaron a buscar una cosecha que pudiera prosperar en suelos desolados y sobretrabajados. Segundo, los subsidios ofrecidos por el Estado ayudaron a que el pino fuera una opción fácil para los terratenientes subcapitalizados. Finalmente, el pino y la ciencia forestal permitieron a los latifundistas racionalizar la producción casi de la misma manera en que los administradores tayloristas lo habían hecho en la última industrialización capitalista. Se liberaron así de los arreglos laborales que recordaban relaciones precapitalistas, como el inquilinaje y la mediería, aprovechándose de una creciente fuerza laboral barata y despojada de su conocimiento y habilidades de producción. Los campesinos fueron colocados en las manos de personal forestal educado en las universidades estatales desde comienzos de la década de 1950, con financiamiento de agencias de desarrollo internacional como el Banco Mundial y la FAO de las Naciones Unidas. La ciencia forestal y de las plantaciones –corolario casi completo de la carencia de capacitación en el trabajo de los bosques nativos– permitió a los terratenientes reducir a los trabajadores forestales, como en otras industrias, a una pieza más de la máquina. De este modo, no solo redujeron radicalmente los recursos y

poder de negociación de los trabajadores, si no que reemplazaron también la ecología de los bosques nativos por la fácil administración de hileras del pino norteamericano, racionalizando tanto el espacio como el proceso de producción (Klubock 2006).

IV

Este breve relato de la propagación del pino Monterrey y de la conformación de las relaciones laborales en el sur brinda caminos adicionales en los que la geografía y la historia ambiental podrían unirse provechosamente a los análisis marxistas del desarrollo capitalista. Siguiendo al geógrafo Henri Lefebvre, yo diría que el Estado y la ideología son dos de aquellos caminos. Para nuestros propósitos, entiendo la ideología como articulada en los discursos autoritarios de la ciencia, en tanto poder de los sistemas de conocimiento, para usar el lenguaje de Foucault. Por su parte, los estados-nación son un útil punto de partida porque, como subraya Lefebvre, estos se establecen espacialmente (aunque con una gran cantidad de trabajo, incluyendo guerras) haciendo que su realidad física aparezca como natural y fuera de la historia, y se asientan en la construcción de imaginarios nacionales fundados en una sensibilidad colectiva sobre las fronteras y la naturaleza de la nación (Lefebvre 1992: 324).

El Estado es también un punto adecuado para comenzar analíticamente porque es a través de él que la ciencia imprime su huella en la historia. Una de las contribuciones importantes de la historia medioambiental ha sido enfocarse en el rol de la agronomía y la forestación en la historia espacial de las naciones-estado y los proyectos coloniales. Una obra fundamental, *Green Imperialism*, de Richard Grove, muestra cómo la expansión colonial europea proveyó a la botánica de nuevos laboratorios para exploración y experimentación que permitieron el desarrollo de un “ambientalismo” transnacional, una conciencia “medioambiental” fundada en una red transnacional de científicos y de instituciones científicas. También facilitó la precarización de las condiciones ecológicas e incrementó el potencial de desastre ecológico producto del desarrollo capitalista y la expansión imperial (Grove 1996). El trabajo de Grove sobre la botánica y la crisis ecológica en contextos coloniales ofrece una aproximación para pensar en la formación de las naciones-estado, el medioambiente y la ciencia. Mi argumento aquí es doble:

(i) primero, las naciones-estado construyen sus métodos de gobierno no solo sobre las poblaciones, como en el famoso concepto de biopoder que Fou-

cault (1990) sugiere, sino sobre el espacio y el territorio. Irónicamente, este es un argumento en que Foucault fue bastante más lejos, al examinar el arreglo especial de los sistemas de poder del conocimiento (el asilo de enfermos mentales, la prisión, etc.), pero que no profundizó en términos de los aparatos del Estado. Sin embargo, es claro que la ciencia trabajaba con las instituciones estatales para gobernar, organizar y ordenar el espacio, el medioambiente y la naturaleza. Me apoyo aquí en el famoso trabajo de James Scott sobre los estados, *Seeing Like a State* (1998), que argumenta que los estados modernos establecen su dominio, simplificando y racionalizando el paisaje social y natural para hacerlo legible, borrando en el proceso las complejas prácticas y conocimientos medioambientales locales.

(ii) segundo, mi argumento ofrece un apéndice a la tesis de Scott, al sugerir que los “esquemas altamente modernistas” guiados por las ciencias para diseñar la sociedad y la naturaleza son a menudo motivados por crisis ecológicas, como lo muestra *Ecological Imperialism* de Grove. En efecto, la deforestación, la erosión del suelo, el cambio climático, la sequía, y así sucesivamente, configuran la construcción del Estado provocando su intervención en el tratamiento de la naturaleza y los recursos naturales.

En Chile, este proceso comenzó durante el siglo XIX, cuando el Estado chileno reclutó cartógrafos extranjeros, botánicos, geólogos y forestales para construir un conocimiento autorizado acerca de los nuevos recursos naturales y del territorio de la nación. Esta fue una tarea encargada a Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Federico Albert, Pedro José Amado Pissis y a otros científicos extranjeros. El caso de Gay es el más emblemático. Como heredero de las tradiciones de la botánica europea entregadas por Linneo, para Gay la botánica era tanto descriptiva como preceptiva. Es decir, su intención era ofrecer un relato enciclopédico de la geografía natural de Chile y entregar propuestas dirigidas por botánicos para administrar la naturaleza con el fin de obtener ingresos para el Estado. Gay adhería a la tradición prusiana *dirigiste* que empleaba la ciencia al servicio del Estado, una tradición destacada por el historiador ambientalista Richard Drayton en *Nature's Government* (2000). Notablemente, Gay llamó la atención sobre las crisis ecológicas producidas por la deforestación por parte de las fundiciones y las minas que habían destruido los bosques nativos del *norte chico*, y llamaba a una regulación estatal de la explotación forestal. Al igual que Charles Darwin, Gay sostenía que la deforestación limitaba el desarrollo industrial de Chile y de los ingresos del Estado, ya que el cobre debía enviarse

al exterior para ser fundido debido a la falta de madera, privando así a la nación del importante valor agregado de tal procedimiento (Gay 1938). De manera muy interesante, también abogaba por la tala de los bosques nativos en la región de La Frontera, alrededor de Concepción, para entregar madera a las fundiciones de mineral del norte. Eso permitiría ofrecer trabajo a la cada vez más grande población sin tierra expulsada de los fundos de Chile central durante la expansión del cultivo de trigo a mediados del siglo XIX. Gay urgía al gobierno a tomar medidas para regular la deforestación y para promover plantaciones de especies exóticas, como el *pino marítimo*, con el fin de reemplazar los bosques nativos del sur. De este modo, Gay se convirtió en fundador tanto del modernismo medioambientalista en Chile como del actual modelo de conversión forestal y de desarrollo forestal, predicados para reemplazar el bosque nativo por la plantación (Gay 1973: 54-56, 71).

El sucesor de Claudio Gay en la promoción de políticas forestales modernas fue el alemán Federico Albert, contratado por el gobierno de José Manuel Balmaceda (1886-1891) para buscar soluciones a la crisis de la erosión del suelo y la expansión de dunas en el Chile central y la región costera del sur. Tal como Gay, Albert abogó por un fuerte rol estatal en la regulación de la explotación forestal, en el combate a la erosión del suelo, y en la forestación con especies exóticas. Presidió algunos de los primeros proyectos sobre suelos despojados al pie de las montañas en la costa de Chile. Mientras las denuncias de Gay sobre la deforestación en el norte habían llevado a la primera ley forestal del Chile moderno en 1872, Albert escribió una pieza clave de legislación forestal que especificaba los principios básicos de la ciencia forestal europea: introducida en el Congreso por Ramón Barros Luco en 1911, esta ley fue finalmente codificada en la primera legislación forestal moderna de Chile (las leyes de 1925 y de 1931).

El objetivo general de estos primeros códigos forestales fue producir un desarrollo forestal comercial regulado por el Estado, el que imponía restricciones a la tala de bosques nativos, organizándolos en reservas forestales y parques nacionales administrados por el Estado y con arriendo de derechos de tala a privados. Ello dio al Estado un rol importante en la dirección del desarrollo forestal, la administración y la reforestación de los bosques. Las leyes ofrecieron subsidios y exenciones tributarias a los terratenientes que forestaran con pinos, y el propio Estado comenzó a forestar los espacios públicos de parques y reservas. El subsidio más importante de todos los otorgados a los terratenientes fue aquel para la industrialización forestal promovida por la Corfo, durante las décadas de 1940 y 1950, que les garantizó mercado para sus pinos (Albert 1912, 1913; Hartwig 1999).

El objetivo de la política forestal de Albert era combatir las crisis ecológicas (sequía, erosión del suelo, cambio climático) que devastaron provincias como Malleco, otrora el granero de Chile, y producir un paisaje natural racionalizado en la frontera, dominado por ordenadas filas de coníferas exóticas en plantaciones de monocultivo. Como decía en 1911 Carlos Risopatrón, presidente de la Comisión de Colonización del Congreso, esta política se encaminaría a rehacer el paisaje nativo, heterogéneo, anárquico y estéril, a imagen y semejanza del de Francia y Prusia (*El Sur*, 22, 24, y 25 de julio de 1911). De manera similar, Agustín Edwards, un antiguo ministro de Colonización, sostenía que Chile necesitaba bosques cultivados y enseñar a los bosques nativos, como a los araucanos, a crecer de manera ordenada. Ello, en tanto su heterogeneidad “salvaje” hacía que la colonización y el desarrollo de una industria forestal rentable fuesen imposibles (Edwards 1928).

En suma, el Estado buscaba, en un esquema altamente modernista similar a aquellos descritos por Scott, simplificar, reducir y racionalizar el paisaje del sur, reemplazando los bosques nativos –desconocidos y difíciles de delinear en mapas– por plantaciones coníferas europeas (o norteamericanas) administradas bajo la dirección del Estado y de especialistas forestales capacitados en la ciencia forestal europea. Este proyecto emergió como resultado de las crisis sociales (fraude de la tierra, formación de enormes *haciendas*, continuas y a menudo violentas invasiones y ocupaciones de tierras o *tomas* por colonos y *ocupantes*), y por las crisis ecológicas ya mencionadas. En última instancia, como subraya Scott, la construcción del Estado significó simplificar el medioambiente y superponer sistemas de conocimiento sobre el conocimiento y las prácticas medioambientales locales, apropiándose de la administración de los bosques que tenían esas poblaciones. Este fue un proceso de alguna manera autónomo del proceso de acumulación de capital; el Estado no actuó simplemente como un agente o socio del capital. Más bien, a través de la ciencia y del desarrollo forestal (un proyecto de ingeniería medioambiental), buscó imponer su dominio sobre un territorio de frontera, un paisaje natural y social descrito a menudo como anárquico, caótico, ingobernable –en las palabras de muchas descripciones del “salvaje oeste” de Chile.

Como sostuve al comienzo de esta conferencia, al describir las expulsiones de *inquilinos* y *medieros* de los *fundos* alrededor de Concepción durante la década de 1940, este proceso ecológico fue asimismo un proceso social. El Estado buscó, a través de la administración del medioambiente, reordenar las relaciones sociales de dos maneras: primero, transformando haciendas improductivas, fraudulentamente constituidas y ecológicamente destructivas, en

empresas forestales modernas, proyecto que, a pesar de los argumentos neoliberales sobre la importancia del empresariado, los terratenientes eran reacios a tomar sin la protección y los incentivos del Estado; y segundo, transformando a los rebeldes, móviles y conflictivos hombres rurales en trabajadores estables y disciplinados, en otras palabras, en fuerza laboral proletarizada, empleada en bosques e industrias forestales, en talas y reducción a pulpa y producción de papel. El objetivo del desarrollo industrial fue transformar la tierra y la propiedad de la tierra para proveer de materias primas y excedente laboral a la industrialización dirigida por el Estado. Para los trabajadores rurales del sur de Chile, esto constituyó un segundo momento de cercamiento y acumulación primitiva, después de las primeras décadas de colonización y despojo (Chaparro 1941, Klubock 2006, Ministerio de Economía y Comercio 1946, Sociedad Amigos del Árbol 1943).

V

Este último punto me lleva de vuelta a Henri Lefebvre, que ofrece un importante correctivo a Marx sobre la continuidad de la explotación de la tierra, de los recursos naturales y del trabajo, en un proceso que se asemeja a las primeras etapas de la acumulación primitiva. Como señala Lefebvre, el limitado enfoque en *El Capital* le impide a Marx sustentar por medio de una selección de factores históricos vinculados a la naturaleza y al medioambiente, incluyendo la persistencia y absorción de formaciones sociales precapitalistas (particularmente importante para nuestros propósitos), formaciones organizadas en torno a relaciones de tierra y trabajo coercitivas, y la persistencia de acumulación primitiva, como fuerzas motrices del desarrollo del mercado capitalista global. Mientras que Marx había imaginado la destrucción, etapa por etapa, del poder de los bienes raíces y las rentas de la tierra por las ganancias y los salarios, a través de formas modernas de acumulación de capital, Lefebvre sostuvo convincentemente que los recursos naturales y la organización espacial del capitalismo se vuelven históricamente más, y no menos, importantes con las formas capitalistas modernas de desarrollo. Quizá para revertir a Marx, Lefebvre enfatiza la aniquilación del tiempo a través del espacio: “Las preguntas sobre los recursos subterráneos y de superficie –del espacio de todo el planeta– crecían continuamente en importancia” (Lefebvre 1992: 324). De manera más significativa, Lefebvre subraya la continua significancia, no la disminución, de la renta de la tierra en el capitalismo moderno, y reprueba duramente el fracaso del marxismo contemporáneo para analizar este tema

adecuadamente. En términos generales, Marx privilegia el impacto revolucionario del capitalismo como fundamento de la destrucción o dominación de la tierra (y por lo tanto de la naturaleza) por el capital y el trabajo, dado que la tierra y la renta de la tierra serían fuerzas conservadoras que fijan e inmovilizan la acumulación de capital. Así, Marx, de una manera muy al estilo del siglo XIX, celebra la subordinación del poder del capital de la tierra y la renta de la tierra a las ganancias y a los salarios; es decir, la victoria de las relaciones sociales por sobre la riqueza de la naturaleza (Coronil 1997: 46-47, 56-58).

En la última sección de *El Capital*, Marx argumenta que las fronteras y las colonias son espacios donde los procesos de acumulación primitiva ocurren de dos maneras claves. En la primera, el excedente de fuerza laboral disponible para el capital producto de la acumulación primitiva en áreas centrales se mueve hacia las colonias o fronteras, en busca de tierra y autonomía, una existencia no alienada; y el capital, por su parte, lo hace en búsqueda de oportunidades de mayor rentabilidad (Harvey 2001: 306). Las fronteras ofrecen la posibilidad de extraer nuevas rentas a través de la privatización de antiguas tierras comunales, públicas o baldías, y de los recursos naturales, como con las tierras forestales, cuyo suelo ofreció nuevas rentas en la forma de espectaculares cosechas de trigo, madera, y los valores incrementados obtenidos a través de la especulación de bienes raíces. Como señala el geógrafo David Harvey, mientras que en Marx (siguiendo, irónicamente, a Adam Smith), la acumulación primitiva es relegada a un discreto primer momento que establece la precondición para la emergencia del capitalismo moderno, este proceso de “acumulación por despojo” continúa con una incrementada intensidad cíclica con la expansión del capitalismo. En lugar de desvanecerse a un distante punto de partida de la historia del capitalismo, como en Smith (quien primero acuñó la frase) y en Marx, la acumulación primitiva es una necesidad permanente en la expansión capitalista (Harambour 2012).

Los lugares obvios donde esto ocurre son las periferias y fronteras de la economía global, en donde los recursos naturales, como bosques y minerales, son ubicados, privatizados y extraídos en un proceso recurrente de cercamiento. Sin embargo, Harvey señala también que la acumulación por despojo recauda a través de la privatización de otras formas de riqueza de posesión pública, otros bienes comunes: las industrias de propiedad del Estado, los fondos de pensiones, obras públicas y de infraestructura, poder energético y agua, entre otros. Más recientemente, la privatización del agua potable en el norte de Chile y Cochabamba, Bolivia, expresa para Harvey el cercamiento de bienes comunes medioambientales. Así también lo indica la privatización de espacios públicos

y comunes de recreación, parques por ejemplo, y su reemplazo por espacios privatizados (y vigilados) como *malls* o formas de entretenimiento comercial como la televisión, los que transforman los espacios públicos de entretenimiento en lugares de consumo privatizados, fragmentados y comodificados. Harvey subraya también que una de las últimas fronteras comunes a ser cercada es el espacio del material genético de las personas (los bloques de construcción de la naturaleza), que cada vez más son extraídos, apropiados y privatizados, ya no constituidos como bienes comunes sino más bien como mercancías circulando por nuevos mercados. Para Harvey (2003), la privatización de los materiales genéticos es parte de los cercamientos de la naturaleza y de los recursos naturales que componen una parte clave de la acumulación capitalista.

Volviendo al sur de Chile, y siguiendo los argumentos de Lefebvre y Harvey, podemos interpretar el acelerado desarrollo de la industria forestal como un segundo momento de la acumulación primitiva, o acumulación por despojo, dirigido por el Estado y guiado por la ideología de la ciencia forestal. Este transformo la riqueza de la naturaleza en mercancías que circularon en los mercados globales al tiempo que se rehízo el paisaje del sur. Como he señalado, la historia medioambiental nos ayuda a examinar este proceso reorientando la manera en que miramos la formación de la nación-estado moderna, pero también la ubicación de esta en una red de procesos globales, incluyendo la circulación transnacional de la ciencia forestal y el pino Monterrey como mercancía, así como la organización global de las industrias la pulpa y el papel. Esos procesos fueron acelerados e intensificados por el terror estatal y por el tratamiento de shock neoliberal de la dictadura que, siguiendo a Harvey, por la fuerza y el fraude traspasó los bienes comunes (las plantaciones desarrolladas con aporte del Estado) a un grupo de cómplices civiles al frente de conglomerados financieros. Una vez más, la acumulación del capitalismo moderno fue fundamentada sobre la apropiación de la abundancia de la naturaleza y de los bienes públicos, así como en el despojo de trabajadores y campesinos, en un nuevo momento de acumulación primitiva. La oleada de invasiones de tierras que se extendió en el sur de Chile desde fines de la década de 1990 por comunidades mapuches, demandando la restauración de la tierra tomada por las compañías forestales y plantada con pinos, fue provocada por las profundas perturbaciones sociales y ecológicas ocasionadas por este proceso, iniciado y financiado por el Estado, pero intensificado por Augusto Pinochet y los Chicago Boys.

Esto me lleva a una última intervención que me gustaría hacer respecto a la historia. Podemos trazar las críticas medioambientales en el lenguaje

medioambiental blandido por las comunidades mapuche y los obreros forestales en sus ataques contra compañías forestales como Arauco y Mininco, y en los movimientos campesinos mapuches y mestizos contra las compañías madereras que destruyeron los bosques nativos en las tierras que ellos consideraban como públicas o suyas debido a sus derechos de ocupación y uso durante las décadas de 1920 y 1930, cuando las huelgas y las ocupaciones de tierra culminaron en el levantamiento de Ranquil, que sacudió el sur.

También podemos remontar los orígenes de la protesta campesina a los cambios producidos por la industria forestal y la forestación de pino a las huelgas en las plantaciones de pino durante las décadas de 1940 y 1950, con las cuales comencé esta presentación. En aquellos desafíos al desarrollo de la industria forestal, fue central la idea de “lo comunal”, la tierra pública, las praderas y los bosques, la naturaleza como un recurso público, la frontera pública. En realidad, como pide el historiador Gunther Peck, sería importante analizar las maneras en que la idea de bien común, enraizada en un sentido público de la naturaleza, ha figurado en la respuesta de los pueblos a la apropiación de la riqueza de la naturaleza y del valor producido por su propio trabajo (Peck 2006). También podemos trazar un cambio en el discurso medioambiental del movimiento mapuche en los años noventa, compartido por los sindicatos de trabajadores forestales, hacia una comprensión del valor como derivado, en parte, de la expropiación de un derecho común en la naturaleza. En ambos casos, los desafíos radicales a las estrategias de desarrollo neoliberal y a la organización económica de la industria forestal han sido expresados en el lenguaje del medioambientalismo moderno, apelando a derechos medioambientales globales y al valor de la biodiversidad. Ambos, sindicatos de trabajadores forestales y comunidades mapuche, expresaron nuevos lenguajes de derechos medioambientales y el rol clave de la biodiversidad en la construcción de un orden social más justo, en respuesta a los cambios ecológicos producidos por su dislocación y su despojo.

La historia medioambiental nos ayuda a comprender, diría yo, el contenido ideológico de las demandas basadas en la clase y en la identidad étnica de aquellos movimientos sociales radicales. Más aun, en realidad, nos permite proyectar nuestra red analítica para ver los movimientos sociales de manera más amplia, como argumenta David Harvey, como movimientos *ecológicos*. Enfocándonos en la intersección entre lo humano y lo medioambiental en el trabajo, podemos apreciar la ligazón intrínseca entre procesos ecológicos y desarrollo capitalista, desde los continuos procesos de acumulación primitiva a la intensificación de la racionalización del proceso laboral. Así podemos

comprender como los movimientos que desafían la marcha de la acumulación de capital son moldeados al mismo tiempo que moldean el medioambiente.

Referencias

- Albert, F. (1913). "El problema forestal en Chile", *Boletín de Bosques, Pesca i Caza*, 1, 10.
- Albert, F. (1912). "Informe del jefe de la Sección de Aguas y Bosques", *Comisión Parlamentaria de Colonización: informe, proyectos de ley, actas de sesiones y otros antecedentes*, Santiago: Imprenta y Litografía Universo.
- Bintliff, J. (1999). "The Contribution of an Annaliste/Structural History Approach to Archeology", Clark, S. (ed.), *The Annales School: Critical Assessments*, Londres: Routledge.
- Braverman, H. (1998). *Labor and Monopoly Capitalism: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Braudel, F. (1996). *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Berkeley: University of California Press.
- CEPAL (1986). "El desarrollo frutícola y forestal y sus derivaciones sociales", *Estudios e Informes de la CEPAL*, 57, Santiago.
- Chaparro, L. (1941). *Colonias de medieros*, Santiago: Multitud.
- Coronil, F. (1997). *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, Chicago: University of Chicago Press.
- Cronon, W. (1992). *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York: Norton.
- Drayton, R. (2000). *Nature's Government: Science, Imperial Britain, and the "Improvement" of the World*, New Haven: Yale University Press.
- Edwards, A. (1928). *My Native Land*, Londres: Ernest and Benn Ltd.
- Foucault, M. (1990). *The History of Sexuality, I: An Introduction*, Nueva York: Vintage.
- Gay, C. (1973). *Agricultura chilena*, Santiago: Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria.
- Gay, C. (1838). "Sobre las causas de la disminución de los montes de la provincia de Coquimbo," *El Araucano*, 399.
- Gimpel Madariaga, M. (1994). "El sector forestal ante la apertura económica: exportaciones y medioambiente", Quiroga Martínez, R., *El tigre sin selva: consecuencias ambientales de la transformación económica de Chile*, Santiago: Instituto de Ecología Política.
- Grove, R. (1996). *Green Imperialism: Colonial Expansion, Tropical Island Edens and the Origins of Environmentalism, 1600-1860*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Grupo de Investigaciones Agrarias, GIA (1984). *Región forestal: empresas y trabajadores*, Santiago: Academia de Humanismo Cristiano.
- Harambour, A. (2012). *Borderland Sovereignty. Experiences of Race, Class and Nation in Patagonia's State Building (Argentina and Chile, 1840s-1920s)*, tesis doctoral, Stony Brook University.
- Hartwig, F. (1999). *Federico Albert, pionero del desarrollo forestal en Chile*, Talca: Editorial Universidad de Talca.
- Harvey, D. (2003). *The New Imperialism*, Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, D. (2001). "The Spatial Fix: Hegel, Von Thunen and Marx", *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York: Routledge.
- Klubbock, T. (por publicar). *La Frontera: A Social and Environmental History of Chile's Frontier Forests*, Durham: Duke University Press.

- Klubbock, T. (2006). "The Politics of Forests and Forestry on Chile's Southern Frontier, 1880s-1940s", *Hispanic American Historical Review*, 86, 3: 535-570.
- Lefebvre, H. (1992). *The Production of Space*, Londres: Wiley-Blackwell.
- Marquardt, S. (2001). "Green Havoc: Panama Disease, Environmental Change, and Labor Process in the Central American Banana Industry", *American Historical Review*, 106, 1: 49-80.
- Marx, K. (1973), *Grundrisse*, Nueva York: Penguin.
- Ministerio de Economía y Comercio (1946). *Plan de fomento y racionalización de las industrias forestales, 1946-1952*, Archivo Alessandri, Biblioteca Nacional, Santiago.
- Montgomery, D. (1980). *Workers' Control in America: Studies in the History of Work, Technology, and Labor Struggles*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Moore, J. W. (2003). "Capitalism as World Ecology: Braudel and Marx on Environmental History", *Organization Environment*, 16, 4: 431-458.
- Morales Gamboni, J. (1989). "El Estado y el sector privado en la industria forestal: el caso de la región de Concepción", *Boletín de Estudios Agrarios*, 24.
- Otero, L. (1984). *El problema social detrás de los bosques*, Concepción: Vicaría de la Pastoral Obrera.
- Peck, G. W. (2006). "The Nature of Labor: Fault Lines and Common Ground in Environmental and Labor History", *Environmental History*, 11, 2: 212-238.
- Scott, J. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven: Yale University Press.
- Sociedad Amigos del Árbol (1943). *Primera asamblea forestal nacional*, Santiago: Claridad.
- Soluri, J. (2006). *Banana Culture: Agriculture, Consumption, and Environmental Change in Honduras and the United States*, Austin: University of Texas Press.
- Vicaría de la Pastoral Obrera (1983). *El pino insigne*, Concepción: Vicaría de la Pastoral Obrera.
- Walker, R. (ed.) (1994). "William Cronon's *Nature's Metropolis*: A Symposium", *Antipode*, 26, 2: 113-176.
- Wooster, D. (2004). *The Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s*, Oxford: Oxford University Press.